

Robert K. Merton

**A
HOMBROS
DE
GIGANTES**

*ediciones península
historia/ciencia/sociedad
218*



Robert K. Merton
A HOMBROS DE GIGANTES

POSTDATA SHANDIANA

Con un epílogo de Denis Donoghue
y un prólogo del autor

Traducción de Enrique Murillo

ediciones península ®

Título original inglés: *On the Shoulders of Giants*.

Copyright © 1965 by Robert K. Merton.

Copyright © 1965 by The Free Press, A Division of Macmillan Publishing Co., Inc.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: enero de 1990.

© de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta: Edicions 62 s/a., Provença 278, 08008-Barcelona.

Impreso en Limpergraf s/a., calle del Río 17, Nave 3, Ripollet.

Depósito Legal: B. 38.977-1989.

ISBN: 84-297-3021-4.

*Para los tres efables
Stephanie
Robert C.
Vanessa
y
sus quince inefables*

Nota explicativa del traductor alemán de este libro, basada en un comentario que le fue solicitado al autor: «Tal como usted suponía, la dedicatoria está dirigida, en efecto, a mis tres hijos, dispuestos por orden de edad, y también, cosa que no era tan fácil de suponer, a sus quince gatos (y no, como infirió usted, comprensiblemente, a quince nietos míos). La alusión resulta muy fácil de captar para mis íntimos. De todos modos, los demás pueden encontrar una clave en la antinomia "los tres efables... y sus quince inefables", pues estos adjetivos emparejados son, naturalmente, un eco del poema "The Naming of Cats", de T. S. Eliot, incluido en su inolvidable *Old Possum's Book of Practical Cats* (Harcourt, Brace & World, Inc., 1967, vigesimoprimer edición), que fue leído sucesiva y frecuentemente por cada uno de los tres efables. Otra clave la proporciona mi confesión, en la nota a la página 86, de que, al alcanzar la mediana edad, me convertí en un "inveterado ailurófilo".»

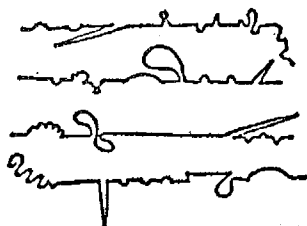
Quiero ahora, de pasada, confesar que acuñé el tan necesario término de *ailurophile* para designar, con un lenguaje marcadamente científico, lo que los profanos describen con la expresión compuesta «*cat-lover*» [amante de los gatos].¹ Aunque no pretendo ni por un momento afirmar que el *Oxford English Dictionary* tiene prejuicios en contra de ese «conocido cuadrúpedo carnívoro (*Felis Domesticus*), domesticado desde la Antigüedad, que se utiliza para cazar ratones y como animal de compañía», debo informar que el *Suplement* de ese mismo diccionario correspondiente a 1972 incluye los vocablos *ailurophobia* (miedo enfermizo a los gatos) y *ailurophobe* (persona que padece esa enfermedad), pero no contiene ni una sola mención del término que con tanto cariño acuñé: *ailurophile*

1. Tal como ocurre en este caso, he añadido la traducción de ciertos términos ingleses entre corchetes, cuando así me lo exigía el texto original y me he permitido algunos comentarios que asimismo se indicarán entre corchetes. (*N. del t.*)

(como tampoco de su obvio derivado, *ailurophilia*). ¿Es posible que el poco menos que omnisciente director del *Supplement*, que me inspira la mayor de las consideraciones, no haya ojeado todavía *A hombros de gigantes*?

La primera edición de este epistolario no lleva prólogo, y hay inmejorables razones para que así sea. Las cartas carecen por lo general de prólogo (aunque algunos colegas lejanos se quejan de que las mías, frecuentemente, lo lleven). No obstante, mi editor me informa de que la aparición de esta nueva edición me impone claramente el deber de escribir un prólogo en donde he de contar algunas cosas acerca de lo que, ante mi sorpresa, se ha convertido en un libro triplemente editado. Acepto no tanto por convicción como por obediencia. Pero puedo, al menos, ser misericordiosamente breve.

El subtítulo aclaratorio es un indicador que señala hacia el antepasado que determinó este pródigo hijo de mi parto de ingenio, que ya se aproxima a la madurez. Al reconstruir en este momento sus orígenes, he recordado que adopté para escribirlo el Método Shandiano de composición, un método no lineal, que avanza retrocediendo, y al mismo tiempo se me ha ocurrido que esta forma abierta se asemeja al curso seguido por la historia en general, por la historia de las ideas en particular y, en cierto sentido, también por la investigación científica. Para alguien que es, como me ocurre a mí, un adicto de toda la vida de *The Life and Opinions of Tristram Shandy, Gentleman*, esta compleja hipótesis tenía por fuerza que traerle a la memoria la exposición gráfica, incluida en el Capítulo XL del Libro VI, de las trayectorias excéntricas que seguían los cuatro primeros, e innovadores, libros de la obra, cuyo curso es exactamente éste:



El lector diligente del presente libro puede, retrospectivamente, hacer un intento de trazar el mapa de su divagante cur-

so por el mismo procedimiento; yo no me atrevo a hacerlo. Pero puedo dar testimonio de que, en cuanto tomé la decisión de seguir el complicado curso del aforismo comúnmente atribuido a Newton —«si he llegado a ver más lejos, fue encaramándome a hombros de gigantes»—, la pauta temporal quedó establecida con absoluta claridad: tanto la historia del aforismo como mi historia de esa historia tendrían que avanzar y retroceder en el tiempo social, del mismo modo que iban a entrelazarse el tiempo particular del autor y el del lector. Tal como observó correctamente el penetrante historiógrafo Siegfried Kracauer,¹ *A hombros de gigantes* (por abreviar, *OTSOG* [del título en inglés: *On the Shoulders of Giants*]), en su rastreo de los constantes altibajos de la historia del aforismo, se fija tanto en las discontinuidades como en las continuidades. Haciéndolo así, nos permite comprender que la historia es contingente. Y es por eso que la historia de *OTSOG* nos proporciona indicaciones no sólo de lo que *sí* ocurrió, sino también de lo que *no* llegó a ocurrir a lo largo de su fiel relato. Sin embargo, tengo que añadir, con la mayor sinceridad del mundo, que muchos eruditos, porque son incapaces de comprender que la interpretación histórica tiene que asumir por fuerza esta clase de experimentación intelectual, estigmatizarán la concepción *otsogiana* con el calificativo de simple inmoderación antiobjetiva.

Permítaseme también que confiese que esta historiografía *otsogiana* no fue exclusivamente producto de la planificación. Sólo cuando la investigación de los viajes y aventuras del aforismo newtoniano se hallaba bastante avanzada descubrí que estaba pensando y escribiendo con el estado de ánimo característico de Shandy, y que este estado estaba siendo constantemente reforzado por todo aquello que, de forma tan casual como afortunada, iba encontrándome por el camino. Solamente en el tardío instante en que hice este descubrimiento, y a fin de darme a mí mismo una lección, recordé el fragmento canónico del Estilo Shandiano:

«Que de todas las diversas formas de comenzar un libro que se practican actualmente a lo largo y ancho del mundo

1. Insinuado en su publicación póstuma *History: The Last Things Before the Last* (Nueva York: Oxford University Press, 1969), pp. 189-190, y dicho más directamente en una carta fechada el 16 de marzo de 1966, cuyo recuerdo permanece muy vivo en la memoria de su receptor,

conocido, estoy seguro de que mi propia forma de hacerlo es la mejor. Y sé que es también la más religiosa, pues empiezo escribiendo la primera frase, para después confiar en que Dios Todopoderoso me ayude a escribir la segunda» (Libro VIII, Capítulo II).

Se había producido un caso evidente de criptomnesia pues, durante un breve momento de epifanía joyceana, creí de hecho que yo había sido el descubridor —aunque no, desde luego, el inventor— de este método. Fue un notable alivio que de esa manera pudiese volver a recobrar el juicio.

Esta sincopada sinopsis del Método Shandiano, un método que no es un método, ha tenido naturalmente reverberaciones posteriores a su primera formulación, especialmente en nuestra época. Pongo como ejemplos solamente a Forster, Gide y Claudel, que limitan sus reflexiones acerca del «proceso creador» a su funcionamiento en el campo de las artes. Así, me parece evidente que Forster estaba poniendo en práctica el Método Shandiano, en forma de parábola, cuando se refirió a «esa anciana dama de la anécdota» que exclamó: «¿cómo puedo decir lo que estoy pensando antes de ver lo que digo?».

Esta es, por supuesto, una muestra de la doctrina shandiana en su más alto grado de pureza, y perteneciente al mismo tipo que el adoptado a todo lo largo de este librito. Pero no hay por qué limitar su trascendencia a las artes. Tal como afirmé firmemente hace casi veinte años —siendo sin duda beneficiario de una miscelánea de intuiciones shandianas—, la labor de las ciencias avanza en general siguiendo una pauta inexorablemente lineal. Como tiene relación con gran parte de lo que sigue en este libro, proporcionaré a continuación un fragmento tomado de *Social Theory and Social Structure* (1968), pues, en lugar del siempre arriesgado rodeo de la paráfrasis, prefiero dar una cita selecta y comprimida; en esa obra me refería a

«esa tremenda diferencia que media entre las versiones acabadas de la obra científica, tal como aparecen una vez impresas, y el verdadero curso de la investigación seguido por el investigador. La diferencia se parece un poco a la que media entre los libros de texto que tratan de los «métodos científicos», y los verdaderos modos de pensar, sentir y realizar su trabajo utilizados por los científicos. Los libros que hablan de métodos presentan patrones ideales: cómo *deberían* pensar, sentir

y actuar los científicos; pero estas pulcras pautas normativas, como bien sabe todo el que ha emprendido esta clase de investigaciones, no reproducen las adaptaciones, típicamente chapuceras e igualmente oportunistas, llevadas a cabo por los científicos en el curso de sus investigaciones. Es típico que los artículos o monografías científicos presenten un aspecto immaculado que reproduce sólo en escasa o incluso nula medida los saltos intuitivos, los arranques en falso, los errores, los cabos sueltos y los felices accidentes que salpicaron la investigación de cabo a rabo» (p. 4).²

Para que este prólogo proporcione un contexto personal, inaccesible por otros procedimientos, a las páginas que siguen, no puedo abandonar aquí esta cuestión. Pues sólo ahora, tras muchos años de discontinuidad, comprendo que lo esencial de esta idea ya aparecía en mi disertación doctoral de hace casi medio siglo, formulada con estas palabras:

«... las teorías y leyes científicas son presentadas de forma rigurosamente lógica y "científica" (de acuerdo con las reglas demostrativas de cada época) y *no* en el orden en el cual se llegó a concebir la teoría o la ley. Esto equivale a decir que, mucho después de que la teoría haya sido calificada de aceptable por el científico de acuerdo con su experiencia *privada*, ese científico se ve obligado a crear una prueba o demostración de acuerdo con el canon aprobado de verificación científica vigente en la cultura en la que trabaja. Tal como ha señalado Poincaré, los más importantes descubrimientos científicos fueron adivinados antes de haber sido demostrados. Pero la intuición, aunque sea un poderoso instrumento de invención, no es jamás base suficiente para que una doctrina quede incorporada a la ciencia. La demostración sigue siendo necesaria» (pp. 220-221).³

2. Como no estaba a mi alcance el Tercer Programa de la BBC, y como no soy suscriptor de su revista «The Listener», yo ignoraba que, alrededor de cinco años antes, mi posteriormente buen amigo Peter MEDAWAR había hecho unas observaciones muy parecidas en su charla radiofónica «Is the scientific paper a fraud?» (publicada luego en «The Listener» del 12 de septiembre de 1963). Pero, claro está, tal como atestiguan ampliamente las páginas de este libro, el «plagio anticipado» es un fenómeno corrientísimo en la historia de la ciencia y del saber.

3. Esa disertación de 1938, *Science, Technology and Society in Seventeenth-Century England*, ha sido reeditada de vez en cuando; la más

Dicho en otras y más compactas palabras, el truco más difícil del arte y la artesanía científicos consiste en ejercer la disciplina sin dejar por ello de obedecer al propio daimón; y éste es un tema subyacente de este libro que será fácilmente identificado por el lector atento. Hay otros temas mayores y menores, más accesibles incluso, que no requieren aquí una mención explícita. Debería subrayar, no obstante, que este libro proporciona una verdadera nosografía y *materia médica* de ciertas afecciones claramente identificadas, y cuya presencia entre eruditos y científicos es endémica: adivinacionismo denigratorio (o la costumbre de encontrar en épocas remotas presuntas anticipaciones de ideas o hallazgos recién descubiertos en el presente); el correlativo síndrome anatópico o palimpséstico (encubrir las versiones más antiguas de una idea por el método consistente en adjudicárselas a un autor relativamente reciente en cuya obra se encontró esa idea por vez primera); la criptomnesia honesta («recuerdo sumergido o subliminal de acontecimientos olvidados por el yo supraliminal», como cuando se olvida la fuente de una idea que uno toma por nueva y propia); el idiolectismo [*grimgribber*]⁴ oscurantista (el arte de la invención de jergas especializadas); *insanabile scribendi cacoethes* (la tormentosa comezón de publicar, afección que sólo se remedia garabateando palabras en una hoja de papel); el humillado complejo de Parvus, o enanismo (disminuir los méritos eruditos de la propia obra contrastándola ambiciosamente con la enorme obra realizada por los gigantes de la ciencia y del saber); la peregrinosis provinciana (temor subliminal a la erudición extranjera); y, por no extender más esta lista preliminar, el *tu quoque* (tú también) defensivo, identificado por primera vez en el siglo XVII, que aquí se relaciona específicamente con la costumbre de hacer frente a una acusación de plagio replicando que también el acusador ha cometido plagios. Desde la primera hasta la última página, el médico del alma confía en que, diagnosticando de este modo la afección, se da un primer paso hacia la profilaxis o curación.

reciente reedición en tapa dura fue la de Howard Fertig, Inc., y en libro de bolsillo la de Humanities Press.

4. A veces, como aquí, he creído conveniente dar entre corchetes el término usado en el original inglés, por ejemplo en ocasiones como ésta, en donde se trata de un término técnico, o jocosamente técnico. (N. del t.)

Diagnosticada desde hace mucho tiempo por ese maestro de observadores del siglo XVIII que fue Richard Steele, gracias a «Lecturas excesivas y escasa Comprensión», la enfermedad endémica de los eruditos que se conoce con el nombre de pedantería no requiere diagnósticos adicionales, pues su transparente y árida arrogancia carente de fundamento, se satiriza, castiga y, en último término, ennoblece a sí misma al rendir tácito tributo a esa otra erudición, la auténtica, en la que a la pasión del aficionado por el saber se añade el compromiso del profesional con una disciplina rigurosa y fundamentada.

Hablar aquí de otros temas del libro sería una usurpación y casi un acto subversivo. Pero es aconsejable añadir una palabra más sobre su tono. Sin leer excesivamente entre líneas este libro, cosa que supondría cargarlo con un exceso de interpretación, quiero referirme una vez más al modo shandiano que lo anima, y propongo aquí que se le otorgue el lugar que le corresponde desde el punto de vista sintáctico, a la misma altura que los modos indicativo, subjuntivo e imperativo. (A los cuales, por supuesto, hay que añadir también el «modo por-supuesto», tal como descubrirá muy pronto el lector atento.)

Es evidente que el Modo Shandiano exige la adopción de una perspectiva cómica para contemplar los asuntos serios. De acuerdo con este modo, y a pesar de las apariencias, lo verdaderamente cómico está muy alejado de lo simplemente frívolo. Trasciende de largo el simple chiste. Ésta es, naturalmente, una pretensión que dista mucho de ser radical. Es bien sabido que ha habido numerosos escritores —en el amplio campo que va desde, por ejemplo, Aristóteles, hasta, por ejemplo, Elder, Olson— que ya han percibido todo esto antes que yo. Auden exageró la nota, sin duda, en su *obiter dictum*: «sólo se puede ser serio con la comedia». Pero tiene toda la razón cuando suma su voz a la de Cassirer y otros, y reconoce el carácter liberador de lo cómico. Acerca de este tema y sus diversas variaciones, quiero elegir una luminosa frase del memorable *Essay on Man* (1953) de Ernst Cassirer, para librar así al lector de similares observaciones hechas por otros autores. En una obra cómica, escribe Cassirer, «las cosas y los acontecimientos empiezan a perder su peso material; la burla se disuelve en la risa, y la risa es liberación». Cassirer dice aquí, sin duda, una verdad. ¿De qué sirve, si no, el *Tristram Shandy*? Pero para reconocerle todas sus virtudes al sentido de lo cómico hay que añadir a esa verdad estética y psicológica otra verdad,

sociológica, según la cual los libros cómicos se enfrentan, con tolerada irreverencia, a la ironía inherente a las formas socialmente establecidas del pensar, sentir y actuar. Y esto, a su vez, nos recuerda que no es en absoluto cierto que todo lo que es está bien, o, si vamos a eso, que está mal. Lo que importa, en todo caso, es que todo lo que es, es posible.

Por motivos que se irán haciendo gradualmente más evidentes, este libro carece de un índice de contenidos. Pero, hacia el final, propone un glosario *Otsogal*, y, en su final mismo, un «Nomenclátor o A modo de índice», primero de «Personas y Personajes» y luego de «Lugares, Cosas y No-cosas».

Finalmente, quisiera reconocer aquí la deuda que he contraído con William Jovanovich por haber creado, a Peter Jovanovich por haber dirigido, a Jacqueline Decter por haber organizado, y a Denis Donoghue por haber escrito su conclusión a esta edición que señala la llegada de *OTSOG* a la madurez.

R.K.M.

Primero de año de 1985